

# Racionalidad y capacitismo como elementos de subjetivación política del movimiento estudiantil moreliano de 1966 en el periódico *La Voz de Michoacán*

## *Rationality and ableism as expressions of political subjectivation of the Morelia student movement of 1966 in the newspaper La Voz de Michoacán*

---

DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i33.1657>

Ximena Abigaíl Tapia Olivares\*  
Edgar Miguel Juárez-Salazar\*\*

### Resumen

El artículo explora las expresiones de racionalidad y la exigencia de capacidades cognitivas como referentes de producción de subjetividad sobre el estudiantado moreliano movilizado a partir de la violencia de Estado perpetrada por el gobierno michoacano de Agustín Arriaga Rivera. Partiendo de la experiencia de Morelia y las movilizaciones originadas a partir del asesinato de un estudiante, el artículo recupera una serie de relatos y narraciones manifestadas en las notas del periódico de circulación estatal *La Voz de Michoacán* en los días posteriores al suceso. Después de una recopilación y la construcción de un corpus de archivo, se logró constituir, codificar y analizar una unidad hermenéutica que dio como resultado la proposición de un análisis crítico del discurso alrededor de la racionalidad de Estado, la noción de capacidad intelectual y la estupidez como modos de significación que construyeron los discursos para producir una subjetivación política del Estado mexicano en la prensa alrededor de las movilizaciones estudiantiles. Finalmente, el trabajo muestra y elucida los detalles del uso de estas categorías y significados diferenciales para intentar producir un modo de conocimiento y recepción deslegitimada de la agitación política del estudiantado por parte de la población.

**Palabras clave:** agitación – capacitismo – estupidez – racionalidad – movimiento estudiantil.

### Abstract

This article explores the expressions of rationality and the demand for cognitive skills as referents of subjectivity in the Morelia students mobilized after the state violence perpetrated by Agustín Arriaga Rivera's government of the Mexican state of Michoacán. Based on the experience of Morelia and the mobilizations that originated from the murder of a student, the article retrieves a series of accounts and narratives expressed in

---

\* Licenciada en Psicología. Líneas de interés: Movimientos sociales desde la perspectiva discursiva y de género. Universidad Latinoamericana. México. [x.tapiaolivares@gmail.com](mailto:x.tapiaolivares@gmail.com)

\*\* Doctor en Psicología Social. Líneas de investigación: Movimientos sociales y armados en el siglo XX en México desde la perspectiva discursiva, visual y subjetiva. Profesor-investigador, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. México. [ejuares@correo.xoc.uam.mx](mailto:ejuares@correo.xoc.uam.mx)

the notes of the state newspaper *La Voz de Michoacán* after the event. After compiling and constructing an archival corpus, a hermeneutic unit was constituted, codified, and analyzed, resulting in a proposal of a critical analysis of the discourse around the State's rationality, the notion of intellectual capacity and stupidity as modes of signification that formed the discourses to produce a political subjectivization of the Mexican State about the student mobilizations. Finally, the paper illustrates and elucidates the details of using these differential categories to create a mode of knowledge and a delegitimized reception of the student opposition by the population.

**Keywords:** disorder – ableism – student movement – stupidity – rationality.

## Introducción

En los años sesenta, específicamente entre 1966 y 1968, México vivió un par de momentos significativos en la historia de las movilizaciones estudiantiles. Los jóvenes universitarios durante estos años no solo marcaron un precedente en la lucha por los derechos sociales y políticos, sino también desempeñaron un papel clave en la construcción de la imagen del estudiante como sujeto político activo y crítico. Las protestas, espacios y manifestaciones de aquellos años fueron espacios de acción política y también territorios donde se forjaron símbolos, discursos y representaciones visuales que dieron forma a una nueva dinámica de agitación colectiva estudiantil. De hecho, en el caso de las movilizaciones de los estudiantes morelianos en 1966 puede hablarse de un trágico, pero estratégico, preludio ante la represión gubernamental que vería su clímax en 1968 y en la posterior Guerra Sucia en contra de las disidencias armadas.

En el México de los sesenta coexistía, a nivel de la política de Estado, una “inadecuación” de las instituciones que impedía, de forma concreta, “incorporar y representar las exigencias de nuevos sectores sociales” y un “debilitamiento del modelo cultural o ideología dominante y del nacionalismo como componente central” (Zermeño, 2003: 55). De tal manera que, pese a las reducciones sensacionalistas de la prensa oficialista –cooptada por las aportaciones económicas y el control de la distribución del papel por parte del gobierno– que solían reducir estos movimientos a simples *actos juveniles de rebeldía*, los movimientos sociales estudiantiles reflejaron un modo coyuntural desde diversas esferas: sociales, políticas, culturales y económicas, que dieron pauta a una resignificación del mundo. Como lo observa Susana Draper (2018: 17), desde un materialismo del encuentro surge una “desestabilización” que causa una nueva “organización” en “el campo de decibilidad e imaginación sobre la libertad”. Una década plagada de movimientos, protestas y tiranteces que no cesan de ser un referente *sui generis* para abordar también las dimensiones coercitivas directas y simbólicas del Estado mexicano.

Este trabajo examinará cómo la militancia estudiantil de aquellos años, particularmente en la ciudad de Morelia en 1966, se articuló a nivel de las significaciones y delimitaciones de saber que emergen en los escenarios de la vida pública y su ulterior efecto de intervención

política, que se tradujo como un modo de producción de hegemonía. Se analizarán las formas en que los estudiantes universitarios fueron representados, imaginados y construidos ante la opinión pública por parte de la prensa escrita de corte oficialista. De un modo específico, nos centraremos en el diario más significativo de circulación regional que es *La Voz de Michoacán*. Al situar el análisis en el contexto moreliano, se buscará interpretar y apuntalar el cómo estas representaciones contribuyeron de manera parcial a la construcción de una subjetivación estudiantil que trascendió la participación política para convertirse en un emblema de cambio y transformación social.

Esta hipótesis puede sostenerse debido a que, en el escenario de Morelia en 1966 brota, como un singular antecedente, lo que Revueltas (2013: 107) denomina como “una conciencia universitaria”, una conciencia de la “universalidad” en un espacio que fue acaparado desde lo “conservador”. Una conciencia que pudo servir de soporte para otras agitaciones a lo largo del país, pero también como un ejercicio de conocimiento y perfeccionamiento de las técnicas de Estado para el sometimiento de las disidencias estudiantiles, pues en México, cuando menos desde 1965, y que después, de forma sistemática, fue desarrollada una “poderosa y eficaz doctrina contrainsurgente” (Sierra, 2008: 361).

La importancia de estudiar esta movilización estudiantil moreliana estriba en la magnitud de las narrativas de la prensa para reflejar, pero también para pretender modelar, las dinámicas sociales y políticas de una época y el modo de producir elementos dentro de la sobredeterminación de la subjetividad para justificar acciones represivas. En el caso de México, los años previos al movimiento estudiantil de 1968 representan un periodo de efervescencia social en el que los estudiantes se consolidaron como actores esenciales en la lucha por una sociedad más justa. La forma de nombrarles o describirles en la prensa oficialista, se convirtió en paralelo en una herramienta poderosa para amplificar su mensaje, y esto puede admitir una revisión sustancial de los ejercicios periodísticos y de recepción de la opinión pública que fueron acoplados de una manera mucho más específica en la represión estatal de 1968.

En última instancia, conviene igualmente recordar que esa década fue parte del despliegue de una fantasía singular reinante en las metáforas y relatos del anticomunismo (Rodríguez Kuri, 2021) y fue el tiempo de la crítica al presidencialismo autoritario y a la violencia política expresada en el recrudecimiento de la Guerra Fría (Spencer, 2004). En las dimensiones represivas del Estado hacía eco la estrategia estadounidense por ejercer un control neoliberal de fortaleza militar disimulada pero efectiva y sistemática (Rodríguez Rojas, 2018). Todo esto establece una arena compleja para la expresión de las diversas disidencias políticas y sociales.

## **Entramado histórico y contextual de los sucesos estudiantiles morelianos**

Desde mediados del siglo XX, las movilizaciones sociales y estudiantiles en México se intensificaron como respuesta a un ambiente autoritario y a las problemáticas del desarrollo econó-

mico propias del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz. En los años sesenta, las universidades fueron epicentros de protesta. El movimiento de 1968 fue quizás el que más destacó históricamente en estas luchas. Sin embargo, los diversos movimientos estudiantiles fueron en gran medida motivados por la resistencia al totalitarismo en las instituciones y a la incertidumbre ante un futuro poco esperanzador. En este contexto, el poder estatal recurrió a tácticas de desprestigio, acusando a los estudiantes de comunistas y fomentando una narrativa de enemistad que limitaba la libertad de expresión y de organización política. Pese a esto, “la revuelta estudiantil logró articularse en un amplio movimiento social de escala nacional, que contó con la alianza de diversos colectivos y actores” lo que incentivó “[...] el rechazo a la impunidad, de confrontación con el poder, con la estabilidad, con la reacción [y también con] una forma de vivir, de cantar, de pensar” (Reyna, Manzanares, 2022: 162).

En medio de estas luchas, la sociedad mexicana se movió –y lo sigue haciendo– entre el recuerdo y el olvido, entre la opinión y las narrativas oficiales casi siempre distorsionadas en los medios de información de aquella época. Tal como lo expresa Paul Ricoeur (2004), en “el sujeto” hay una “inherencia de sus recuerdos” que despliega el “hablar de su temporalidad o de su historicidad” y con ello “los recuerdos” pasan a constituirse como “nuestros recuerdos colectivos” (p. 156). Este proceso de tener presente no ocurre de manera aislada. La memoria se construye junto a la experiencia de otros, y lo que queda o se omite de la historia se define, en gran medida, por el influjo del poder. Esto admite nuevas formas de pensar lo acontecido a partir de las peripecias de la relectura y del encuentro con la posibilidad de concebir el pasado a contrapelo. Es por ello que un recorrido alrededor de la historia convoca a una reinvencción del pasado y a una reconfiguración de los modos de subjetivación política.

Previo a la movilización estudiantil de los nicolaítas morelianos, en los “inicios de 1963”, el entonces gobernador michoacano “Arriaga Rivera actuó con disposición para sacar de la rectoría [de la Michoacana] a [El] De Gortari”, rector de amplia experiencia y trayectoria de izquierda, dimensión que conseguiría transformando la ley orgánica e incidiendo en las políticas internas de la Universidad Michoacana (Chávez, 2017: 138). En esos años, conviene destacar, se impuso un “modelo estadounidense” de carácter “tecnocrático”, que suscitó resistencias y oposiciones entre los estudiantes (Rangel, 2006: 158). Esta situación fue un parteaguas que posteriormente iría agudizando las tensiones entre el gobierno y las diversas políticas dentro de la universidad nicolaíta. De esta forma, la oposición a las directrices de “Arriaga Rivera se radicalizó en octubre de 1966 tras la represión violenta de una manifestación estudiantil contra el aumento de tarifas del transporte público. Durante las protestas fue muerto el estudiante Everardo Rodríguez Orbe por parte de la policía judicial” el día 2 de octubre de 1966 (Gutiérrez, 2020: 216).

El caso de la movilización estudiantil michoacana puede leerse como un preámbulo o como una expresión inevitable en el caldero de las dimensiones políticas agudizadas en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz. Como relata Macías (2016: 206), en la “prensa y la radio retrógradas

y mercenarias” existió, alrededor de las protestas estudiantiles morelianas, “una expresión de la élite derechista más obscura, que influye para desgracia en el pueblo mexicano”.<sup>1</sup> A lo largo de la historiografía del movimiento estudiantil michoacano de 1966 es posible reconocer que “el estudiantado no es una clase social, sino un sector de la sociedad caracterizado por su heterogeneidad, ya que en él se ubican o lo integran individuos de diferente extracción social” (Sánchez, 2018: 97). En octubre de 1966 en Morelia, bajo un singular estallido de protesta estudiantil, “ante la férrea resistencia de la mayoría de los estudiantes y profesores nicolaítas, encabezados por el rector, el Estado mexicano autoritario tendría que echar mano del recurso de la violencia” (Rangel, 2020: 240).

Aunado a esto, el gobierno federal mexicano desplegó, en los días posteriores, una estrategia militar que sitió a la ciudad de la cantera rosa y, desde esas directrices, el control estatal mostró su férrea dimensión coercitiva. De esta manera, las movilizaciones estudiantiles de Morelia quedan circunscritas a las formas de inventiva y acción estudiantil, pero también a las modalidades de disciplinamiento y sometimiento del Estado mexicano que intentaba controlar todo tufo de disidencia en el periodo previo a las Olimpiadas de 1968. De tal suerte que, “en las filas del movimiento estudiantil de 1966, el populismo adoptó tintes más dramáticos al producirse una polémica entre dos facciones: por un lado, jóvenes que deseaban establecer contactos con la clase trabajadora y, por otro, aquellos que estaban más preocupados por objetivos académicos como la autonomía, la titulación o el espacio estudiantil” (Gómez, 2007: 1189). En consecuencia, el movimiento estudiantil de 1966 en Morelia fue formulado como una afirmación de oposición ante las dinámicas represivas del Estado y los alcances de las políticas gubernamentales a nivel federal. Es debido a esto que, en medio de las aguas turbulentas, la estrategia de Estado a nivel nacional pudo echar mano también del control de la prensa para establecer criterios de subjetivación política parcial intentando definir y enclaustrar a las disidencias en el ejercicio discursivo sobre su actuar a partir de disposiciones imaginarias en la sociedad.

## Subjetivación política y su relación con la escueta racionalidad y el capacitismo

Los procesos de subjetivación política, y las dinámicas para descifrarlos a través de sus efectos e inscripciones, han cobrado gran relevancia para el análisis de los discursos y los emplazamientos del ejercicio del poder. En medio de esas relaciones del sujeto con la otredad, aparecen demarcaciones de los territorios de la vida cotidiana y sus reglas (Lechner, 1997: 80) y los avatares de lo que Lewkowicz (2006: 75) denomina como “subjetividad instituida”, que demarca dualidades

---

<sup>1</sup> El caso de la relación entre *La Voz de Michoacán* y el gobierno del estado es singular pues, mientras para algunos hubo en medio del conflicto una cierta neutralidad que dio voz a los bandos confrontados (Cambrón Loza, 2013), por otro lado, fue una “vocera incondicional del gobernador” Arriaga Rivera (Rangel, 2020: 232). Conviene señalar que este control era ejercido también por el Estado mexicano mediante el control del suministro de papel.

de inclusión y exclusión en el territorio y en las prácticas políticas y sociales. En efecto, el poder y su relación con la producción de subjetividad da cuenta de “prácticas divisorias” en cuyo alcance “el sujeto se encuentra dividido en su interior o dividido de los otros” (Foucault, 1988: 3). Es así que, mediante las reglas regulares y la actividad en su ser con los demás, el sujeto queda inscrito en el interior de espectros que intentan delimitar y ceñir sus dinámicas de coexistencia con los otros. La subjetivación, con el adjetivo “política”, en este sentido, estriba en la tensión del proceso de gobernanza y en los límites complejos de la racionalidad y las formas de creación y disenso.

En las relaciones entre los sujetos, los dispositivos de regulación y disciplinamiento inscriben discursos productores de subjetivación a nivel político. Lugares en donde “el saber prolonga y refuerza los efectos del poder” y conjugan una “realidad-referencia” en donde “se han construido conceptos diversos y se han delimitado campos de análisis: *psique*, subjetividad, personalidad, conciencia, etcétera” (Foucault, 2002: 37). De este modo, la dinámica del poder cobra matices que definen la vida, los alcances prácticos y, sobre todo, generan una subjetividad que intenta delimitar y describir las acciones y los *modos de ser* de los sujetos, para darle cauce y regulación a partir de diversas modalidades en el nombrar, referir y regular las dimensiones específicas de los sujetos.

Michel Foucault (1999: 390) es profundamente certero cuando menciona que la subjetivación es el “proceso por el que se obtiene la constitución de un sujeto, más exactamente de una subjetividad, que evidentemente no es sino una de las posibilidades dadas de organización de una conciencia de sí”. En otras palabras, a través de diversas tecnologías (un conjunto de técnicas de producción) y en el conglomerado de discursos (modalidades de saber y enunciación) se engendra un objeto de conocimiento y, con ello, una distribución de la relación entre saber y poder sobre los cuerpos. En esa atmósfera hay una serie de modalidades específicas de repetición que inciden en los modos de nombrar a los agentes políticos y de grabar desde ello una lógica binominal que parte, por un lado, de la creación de dispositivos de reproducción y, por el otro, del auspicio en espacios de regulación disciplinaria y normatividad positiva, que tienden a reducir la racionalidad a una forma lacónica que intenta erigirse como verdad cuando se trata de un proceso de creación de hegemonía a partir de imágenes y modos de producción de regímenes de verdad.

En términos amplios, podría decirse que la subjetividad política es una “producción de sentido y condición de posibilidad de un modo de ser, estar y actuar en sociedad” (Martínez, Cubides, 2012: 76); pero está, en paralelo, enfrascada con las diversas formas de ejercicio y ordenamiento discursivo que, poco a poco y con ayuda del disciplinamiento y la recreación, determinan los alcances de la subjetividad en el plano de lo político. De esta manera, la acción y movilización de los cuerpos puede quedar enclaustrada en las exigencias de funcionalidad ante un modo de precipitación y utilitarismo estatal que no hace sino movilizar los estándares de

normalidad y disciplina de sus sujetos. Un gobierno de los otros que empieza por el control del alma del sujeto en sí mismo.

En este sentido, Félix Guattari (1996: 15) remarca que “la producción de subjetividad” puede ser desarrollada en medio de “componentes semiológicos significantes”, expresados a través de las instituciones, o pueden ser “elementos fabricados por la industria de los medios de comunicación”, de tal suerte que se dilatan así discursos que producen una agencia subjetiva que nombra y, en el mismo momento, modula la acción política marcando dualismos excluyentes (nosotros/ellos) o dispersiones y discontinuidades propias de la movilización política. El lenguaje, más allá de ser una estructura, admite alcances que residen en las dimensiones semiológicas de los sujetos, lo que engendra, sin más, medios de asimilar la representación y subsumirse en discursos que demarcan la hegemonía del saber, como una modalidad certera de conocimiento ante lo todavía no representado.

En palabras del propio Guattari (2004: 125-126), “un hecho subjetivo remite a territorios personales (el cuerpo, el yo), pero, al mismo tiempo, a territorios colectivos (la familia, el grupo, la etnia). A esto último hay que añadir todos los procedimientos de subjetivación que se encarnan en la palabra, la escritura, la informática, las máquinas tecnológicas”. Desde esta perspectiva, los medios y las conveniencias de narrar e inscribir históricamente disponen un modo singular de engendrar particularidades de la subjetividad, que quedan anquilosadas entre las duras rejas de la moralidad y, desde luego, de la ideología dominante. Así es como los modos de territorialización ordenan una superficie que da lugar a los espacios subjetivos, los cuales definen las áreas que circunscriben las acciones y las maneras de representarlas ante la cosa pública.

Por otro lado, suele decirse que la política tiene su “propia racionalidad” que no coincide con la “racionalidad ética” y tampoco con la “racionalidad jurídica” (Fernández, 1997: 39). Sin embargo, los entramados del Estado-nación y sus alcances de gobernanza han dispuesto histórica y situadamente sus alcances a nivel de la distribución y la administración de los sujetos soberanos. En este sentido, a partir de lo que Foucault (2011) denomina el gobierno de los otros, aparecen una serie de disposiciones que dan fundamento, fortaleza y certidumbre a la organización de Estado y sus dinámicas de gobernanza. En su curso, *Seguridad, territorio y población*, Foucault (2014: 207) recupera el rasgo imperativo de nombrar la razón de Estado y menciona que esta es “la esencia misma del Estado y también el conocimiento que en cierto modo permite seguir su trabajo y obedecerla” cuyo soporte es “conservador-cautelar” para mantenerlo en su “integridad”.

De este modo, la racionalidad gubernamental es una práctica reducida, parcial y operativa que matiza un dualismo soberano entre quien ejerce un control sobre la vida y la muerte y quien recibe ese mandato. En donde el régimen de cuidado prescindió parcialmente del cuerpo para focalizarse en el alma y en el dominio sobre el sí mismo desde las lógicas de una razón estatal. Es decir, se pasó de un análisis de la racionalidad social y política moderna desde el concepto

“arte de gobernar”, a “partir de la relación entre gobernantes y gobernados”, a un cuidado sobre los modos de pensarse, existir y gobernarse por parte del ciudadano soberano moderno (Bidet, 2012: 179). Es así que el imperativo del Estado configura su racionalidad y, en paralelo, amplifica las modalidades regulares de pensamiento con una generación de ideales, narrativas oficiales y nacionalidades y, en efecto, modos y acciones que deben regirse en el espectro del ciudadano correcto y adecuado para la perpetuación de un sistema. Esto conlleva no solo dinámicas de poder sino también determinaciones que posibilitan el uso de diversos aparatos para la proliferación de categorías y enunciados para enunciar y delimitar a los actores políticos, sobre todo si se trata de reducirles a adversarios o antagonistas. Sin embargo, la racionalidad política como espacio de intercambio no se comprime en la delimitación de Estado. Conlleva, de una u otra forma, luchas para destrabar la relación soberana positiva en aras de fragmentar y desarticular las formas de ejercicio del poder.

Foucault (1994: 724) tenía claro que lo realmente notable más allá de las prohibiciones y las formas morales eran los sistemas, es decir, cómo pesa en las conciencias y se inscribe en “los cuerpos” y “cómo repugna a la gente” es el punto “de contacto, de fricción, posiblemente de conflicto, entre el sistema de reglas y el juego de irregularidades” que demarcan esa irracionalidad y anormalidad que debe ser enunciada y reducida con la relación entre el saber y el poder amalgamadas en discurso. Esta división, a partir de la regla y la disciplina subjetiva arregló, con un talante exhaustivo, los modos de clasificación estatal que repercutieron en la gobernanza de América Latina. Y, por ello, las dinámicas de producción de subjetividad desempeñaron no solo el régimen de vigilancia y castigo sino también desplegaron las expresiones de enunciación y las factibilidades de la producción discursiva sobre los sujetos.

Un principio elemental de la subjetivación política, en paralelo, puede observarse desde la creación de un ideario ético de constitución de las formas de libertad y composición de las corporalidades y los modos de pensamiento. Es debido a esto que en el entramado de la razón de Estado quedan estipulados aquellos modos de existencia que pueden ser *admitidos*, *normales* o *regulados*. En el rango de las generalidades entre lo normal y lo patológico, entre la regularidad del promedio y las exigencias de los modos de pensar y los estándares de exigencia intelectual, prevalecen los sujetos proclives y social y subjetivamente bien armados en las capacidades cognitivas. En la definición, ya clásica, de capacitismo, Fiona Kumari (2001: 44) indica que se trata de una “red de creencias, procesos y prácticas que produce un tipo particular de yo y de cuerpo (el estándar corpóreo) que se proyecta como perfecto, típico de la especie y, por lo tanto, esencial y completamente humano”. En ellas, el Estado puede fraguar sus trazas enunciativas pues coinciden con las acepciones del sentido común y del orden racional que prolonga el Estado a sus ciudadanos.

Asimismo, la noción de corporeidad y el pensamiento ciudadano *deseable* engendran brechas de diferenciación entre los sujetos. De tal suerte que “el capacitismo plantea la superioridad

dad y deseabilidad de un único patrón de cuerpo humano” (Mareño, 2021: 403). Con ello, los cuerpos y los pensamientos están dirigidos en una esfera funcional no solo de capacidad o de intersección con otras problemáticas sino también con una estructura de clase y de sujeción que intenta definir y amplificar los alcances del cuerpo y de los pensamientos en aras de la funcionalidad de un sistema político y sus organizaciones racionales.

Desde hace ya varias décadas, en las dinámicas utilitarias del Estado, “el favoritismo hacia unas capacidades esenciales por encima de otras, se ha utilizado para justificar las jerarquías de derechos y la discriminación hacia grupos sociales distintos de las personas con discapacidad” (Toboso, 2017: 74). Esas capacidades suelen ser evidenciadas ante la opinión pública y ante las formas rigurosas de normalidad como demandas que deben cumplirse en términos de inteligencia o de capacidades cognitivas, que terminan siendo pilares rectores de un modo de racionalidad de Estado emparentada con las prácticas subjetivas. De esta manera, el sujeto queda recluido entre los regímenes de gubernamentalidad y el arte de reducción subjetiva a los límites del conocimiento y capacitista de las funciones intelectuales regulares.

De esta manera es que en la subjetivación política emerge, como señala Modonesi (2010: 168), “un elemento que se erige en factor sobredeterminante, estructurante y ordenador” el cual puede debatirse entre el antagonismo, la autonomía o los alcances de la subalternidad. Pero el cual encuentra, desde la razón de Estado, una diferenciación elemental ante la producción subjetiva, a saber: la subjetividad debe ser racional y adecuada a los alcances morales del Estado y no una deliberación arbitraria. Es debido a esto que la producción de subjetividad nomina y describe sujetos *anormales* para perpetuar su normalidad y exigir cierta funcionalidad desde las creencias y los imaginarios, intentando reducir su implicación política. Hablamos en este punto del intento del Estado, y los medios de información a su disposición, para producir una subjetividad clausurada en la imagen del actuar, reduciendo con ello toda la posibilidad de agencia y de oposición a las dimensiones de control gubernamental.

### **Explorar desde la prensa. Cuestiones sobre la metodología**

La relación entre la prensa y el Estado mexicano durante aquellos años fue orquestada como una cofradía bajo el auspicio económico estatal. Desde la alineación del Estado mexicano con sus adecuaciones priistas, paulatinamente, el control mediático sucumbió ante la compra de espacios y presión gubernamental (Rodríguez, 2024). Es conocido que “comunicar es transmitir significados; difundir conocimientos, estados de ánimo, ideas, sentimientos o intenciones entre las personas. Pero el acto comunicativo es también un proceso físico, que implica el desplazamiento de signos y símbolos concretos, entre un emisor y un receptor, a través de un canal apropiado” (Taufic, 2012: 50). En efecto, el análisis de la prensa es un lugar privilegiado para comprender las significaciones y las narrativas productoras de subjetividad política pues en medio de esas notas germinan alcances y descripciones que coadyuvan a la configuración de los enunciados, definiciones y determinaciones sobre los agentes políticos.

Desde esta mirada, el presente trabajo de investigación adoptó un enfoque cualitativo, empleando el análisis de discurso posterior a una codificación abierta y la categorización para examinar cómo uno de los periódicos locales de Morelia representó los eventos relacionados a partir de la muerte de Everardo Rodríguez durante el mes de octubre de 1966 y las movilizaciones estudiantiles y ciudadanas en los días posteriores. El análisis de discurso cuenta con una orientación cualitativa que nos permite interpretar y comprender datos textuales, identificando patrones y temas emergentes en los documentos analizados, así como posibilidades libres de esclarecimiento para amplificar las disposiciones discursivas y los elementos que describen y amalgaman la subjetividad política del estudiantado nicolaíta.

Para la configuración del campo archivístico de trabajo se recolectó información del archivo de la Hemeroteca Nacional de México. En cuanto al procedimiento de recolección de datos, los ejemplares físicos de los periódicos, cada página relevante fue escaneada y convertida a formato digital para facilitar su análisis. Posteriormente, los documentos digitalizados se organizaron cronológicamente y se almacenaron en una base de datos para su posterior codificación. Nos enfocamos en los periódicos e imágenes que contienen información pública obtenida de fuentes, como programas radiales, manifestaciones y entrevistas, pero en este caso nos centraremos en las notas recolectadas del periódico *La Voz de Michoacán* que, como mencionamos, es el principal medio de información regional michoacana. Estos archivos capturan, además de las crónicas de la agitación, la vida universitaria y la actividad cotidiana de los estudiantes. En sus notas surge la constitución de organizaciones, la negociación con autoridades y las reuniones del Consejo Universitario. En efecto, *La Voz* es una ventana amplia para indagar en los conflictos narrativos y en la resistencia organizada en torno a la educación superior nicolaíta. Un reflejo estridente sobre el espacio radical donde las ideas de cambio social germinaban pese al control del Estado.

Para la selección de fuentes, se establecieron criterios que consideraban periódicos publicados en Morelia en octubre de 1966. Se revisaron un total de 88 documentos, de los cuales 84 correspondían a páginas del periódico *La Voz de Michoacán* y cuatro al periódico *Provincia de Michoacán*. Sin embargo, estos últimos no fueron utilizados en el análisis final. Se analizaron las notas de las fechas entre el 4 y el 29 de octubre de 1966, y artículos que mencionan o discuten eventos relacionados con Everardo Rodríguez, movimientos estudiantiles, agitaciones e incluso participación comunista, reflejada en notas, reportajes y artículos de opinión.

El análisis de datos se llevó a cabo en varias etapas. Primero, se realizó una lectura exhaustiva de cada documento para identificar temas y pautas de significado emergentes relacionados con el psicologismo, la racionalidad y diversos discursos útiles para el análisis, con el propósito de categorizar los efectos del ordenamiento discursivo. Luego, utilizando el software ATLAS.ti, se aplicó una codificación abierta y compleja de los textos, mediante lo cual “se clasifican las expresiones por sus unidades de significado (palabras individuales, secuencias breves de pala-

bras) para asignarles anotaciones y sobre todo conceptos (códigos)” (Flick, 1997: 193). De esta manera, concluimos identificando 379 códigos iniciales.

Ulteriormente, basándonos en la elaboración de las relaciones entre los conceptos, su relevancia y frecuencia en los textos, se seleccionaron 12 códigos para un análisis más detallado. Estos códigos se agruparon en dos categorías principales: Apología de la racionalidad y la cordura, que incluye subcategorías como racionalización y agitación. Y, por otra parte, la inteligencia y la estupidez, con subcategorías como sentido común e ignorancia, que dan cuenta de las modalidades cognitivas para inferir y subsumir al sujeto en una reducida subjetivación política en los efectos de un discurso complejamente racionalista y funcional para las diatribas del Estado mexicano expresadas en la prensa. Allí convive no solo la racionalidad segmentada del Estado, sino también la lucha por el sentido y la fragmentación de los imaginarios de las sociedades, la creación y la irrupción de nuevas formas de hegemonía más allá de los límites de Estado.

Desde esta lógica proponemos, finalmente, con las citas recuperadas y codificadas, un análisis del discurso que no es meramente de contenido sino opta por “estudiar cómo estas prácticas discursivas” movilizan “relaciones” de sentido para “sacar a la luz el poder del lenguaje como una práctica constituyente y regulativa” (Iñiguez, Antaki, 1994: 63). En este sentido, el análisis del discurso intentará explicar, desde sus dimensiones puntuales y a la letra, cómo el discurso estatal proferido por el periódico *La Voz de Michoacán* expresó dimensiones plurales que produjeron una subjetivación política ante las manifestaciones de los estudiantes morelianos en medio de los sucesos de 1966.

## De la racionalidad estatal a la agitación pasional. Una insistente apología de la cordura

La racionalidad es un elemento central del discurso político y de las formas de elucidación de la realidad positiva del sujeto en las prácticas de un Estado. En este sentido, el llamado a la cordura y las formas estabilizadas de pensamiento y de actuar, suelen ser una estrategia hondamente impregnada en la participación política ciudadana. Sin embargo, esta no es la única forma de expresión dentro de la agencia política, pues puede haber resistencias y oposiciones más allá de la mera racionalidad de Estado.

Dentro de las dinámicas enunciativas de los medios de comunicación emergen siempre especulaciones y distorsiones que encaminan las determinaciones de la vida política. En el caso de la prensa de corte oficialista, por decir lo menos, concurren relatos de carácter evaluativo o descriptivo que elucidan apologías sobre el trato a las expresiones políticas de los sujetos en colectivo ante la opinión pública. Como puede leerse en la siguiente expresión de una nota posterior a los acontecimientos morelianos en *La Voz*: “Una vez caída la bandera de lucha –cayó ante el peso de la verdad– no resta más que volver a la cordura” (*La Voz de Michoacán*, 7 de octubre de 1966). ¿Qué ejemplifica la bandera de lucha y el peso de la verdad? Pareciese que allí, el nivel de esclarecimiento posiciona a la cordura como un saber indispensable para la regularidad del orden social.

La verdad que emergió por los estudiantes nicolaítas es reducida a una agitación momentánea. No hay posibilidad de encontrar salida ante la determinación de esa cordura que regula lo que ha sido desvelado por las agitaciones y la acción represiva gubernamental.

El llamado de las organizaciones estudiantiles, paradójicamente, no era disímil de la funcionalidad de Estado, y confirmaban una modalidad racional de positividad política: “Los dirigentes del Ateneo Universitario ‘Cauhtémoc’ y de la Organización Universitaria ‘Independiente’ ayer manifestaron el total repudio de sus agrupaciones al cariz que ha tomado el actual movimiento universitario, e hicieron un llamado a la cordura para ‘que se trabaje en bien del pueblo y la Universidad Michoacana’” (*La Voz de Michoacán*, 7 de octubre de 1966). El bien es una categoría racional que no admite puesta en tela de juicio y mucho menos una expresión de cordialidad. En ella podría justificarse la razón y la moral de Estado como una forma elemental y legítima de ejercicio del poder.

En esta lógica, el armado racional del Estado y de los valores y normas, atentan contra la agitación supuestamente anormal. Perpetrando, desde las palabras, modalidades discursivas que producen sentido a la llamada opinión pública y, con ello, no solo se nombra a la disidencia sino se validan y legitiman políticas de coerción ante la opinión pública.<sup>2</sup> Son estos discursos los que apelan a la racionalidad y quienes invisten el repudio y la cólera para traducirlas en protestas que carecen de sentido para el grueso del sentido común social y moralmente delimitado. Como podemos observarlo en la siguiente nota: “La razón tendrá que imponerse. Sobran ahora los lamentos o las deploraciones a las consecuencias que resultaron de un movimiento infundado. Los responsables serán castigados con toda oportunidad, el peso de la ley caerá sobre ellos para que de esta forma respondan de sus actos antisociales” (*La voz de Michoacán*, 14 de octubre de 1966).

Son ellos, los agitadores, los responsables pues su actuar no solo es irracional sino “deplorable” y por ello es justificado el castigo gubernamental ante la *vox populi*. En el régimen de verdad impuesto por la razón de Estado surgen modos de subjetividad anormalizada que revalidan la culpabilidad más allá de la mera exaltación de la ley. Es decir, lo problemático resulta del hecho de transgredir con dinámicas “antisociales” y por ello deben ser frenadas. Este bucle parece justificar la fuerza de la ley y mostrar claramente que la irracionalidad es una característica propia de los estudiantes en tanto agente político subjetivizado. La razón se emparentó con lo social en el repudio y el rechazo a todo lo que atente contra la paz que, tan paradójicamente, brinda el Estado. En las peripecias de la racionalidad supuestamente evitada por los estudiantes discurre la necesidad del ejercicio del control social.

En medio de ese ejercicio de intervención del Estado, comenzó a tejerse un discurso que veía y producía a los estudiantes como agitadores y los hilaba hacia el retroceso y miseria: “Con

---

<sup>2</sup> Si bien había voces disidentes, el efecto de la prensa en la opinión pública fue tal que “la gente común dio crédito a las calumniosas notas incriminatorias, manifestando su indignación” (Rangel, 2020: 242).

agitaciones anti patrióticas como las que auspician los enemigos de la Revolución que se han infiltrado dentro del estudiantado de la Universidad Michoacana, solo encontraremos retroceso y miseria." (*La Voz de Michoacán*, 6 de octubre de 1966). Este discurso no solo buscaba desacreditar sus demandas, sino también consolidar la narrativa de un Estado protector frente a "agitaciones anti patrióticas", mediante un tropo de amenaza, esto se alinea con las estrategias de argumentación y producción subjetiva. Como lo observa Meyer (2003: 53), en los discursos alrededor de la subjetivación política "se reflejan en determinados *topoi* utilizados para justificar la inclusión o exclusión política", así la construcción subjetiva de los estudiantes no se representaba como ciudadanos activos, sino como opositores que amenazaban la tranquilidad nacional y sus principios de racionalidad.

En este sentido, las estrategias discursivas no operan de manera aislada, sino que se apoyan y entretejen en el contexto mediático de la época y con redes de significación que residen en las creencias sociales. La baja afición a la lectura, por ejemplo, como señala *La Voz de Michoacán*, genera un espacio oportuno para imprimir una marca despectiva en donde las narrativas oficiales tienen un peso significativo en la formación de la opinión pública: "en nuestra época, la cultura de las masas se ha vuelto 'áulica', es decir, de oídas, porque muchos carecen de la afición a la lectura, por lo que forman opinión a través de lo que escuchan" (*La Voz de Michoacán*, 6 de octubre de 1966).

De manera puntual, los alcances de la racionalidad son opuestos a las pasiones. Estas últimas describirían lo más contingente e indeterminado del actuar humano y, por ello, deben de ser opuestas a la singularidad racional y continente. Esto queda expresado de la siguiente forma en la mirada de la prensa: "Debió fundarse la acción intentada más en la razón que en el apasionamiento" (*La Voz de Michoacán*, 7 de octubre de 1966). La razón de Estado y del orden social profesan poderío ante la problemática pasional estudiantil. El *pathos* de la diferencia es particularmente aislado por el Estado y con ello la reglamentación del sujeto político se hace presente de una manera concisa. Allí la agitación se convierte en un *pathos* antipatriótico pues, como señala una nota del periódico: "Con agitaciones anti patrióticas como las que auspician los enemigos de la Revolución que se han infiltrado dentro del estudiantado de la Universidad Michoacana, solo encontraremos retroceso y miseria" (*La Voz de Michoacán*, 6 de octubre de 1966).

Ese mismo *pathos* disidente puede ser entendido también en términos coloquiales. Como presenta el periódico: "Cuando la perra es brava... ¿afirma el conocido refrán?, así acontece con esa gente empecinada en promover agitaciones, con el fin de provocar desórdenes y perjuicios a sus semejantes" (*La Voz de Michoacán*, 7 de octubre de 1966). Como dice el dicho mexicano: "cuando la perra es brava, hasta a los de casa muerde". El refrán popular significa que cuando alguien es obstinado o violento, no reconoce amistad ni parentescos. Como es conocido, la prensa siempre deja la resolución de la nota en el tercero y, como vemos en este caso, la utilidad queda circunscrita a la normalidad y a una bravura que resume la subjetivación política al discurso de la normalidad cotidiana que adecua cualquier expresión de radicalidad.

Tal cual menciona el periódico: “Ya es del dominio público que la agitación estudiantil en Morelia, tiene un fondo dirigido al desquiciamiento nacional. Va desde la agitación en los institutos de cultura, hasta la preparación de actos de terror y de sabotaje en todo aquello que representa un conglomerado social” (*La Voz de Michoacán*, 8 de octubre de 1966). El terror, en efecto, es profundamente irracional y puede ser expresado en términos de sabotaje, diferenciación y desquiciamiento. Aunado a esto, la prensa ejerce aquí ciertos condicionales que estriban en la problemática del orden racional. El estudiante es el provocador del “desquiciamiento”, un *anormal* que perpetúa el terror y atenta, supuestamente, contra el conglomerado social.

De igual modo, la prensa expresó un llamamiento singular: “Hacemos un llamado a los estudiantes nicolaítas para que se conduzcan por los cauces de la razón y de la justicia.” (*La Voz de Michoacán*, 6 de octubre de 1966). ¿No es esta una forma de incentivar la cordura racional del estado y sus soberanos? Este tipo de mensajes logran enclaustrar y fomentar una lógica regular para determinar la prudencia, el orden social y la conminación específica de funcionalidad racional y elocuente de los sujetos. Una expresión inequívoca de que la subjetivación política de los estudiantes queda enmarcada en el espectro anormal e irracional, es decir, fuera de la ley, ante lo que el discurso estatal, expresado en la prensa convoca.

En esas mismas líneas se invoca a la dimensión poco reflexiva de las movilizaciones. Como fue señalado en la prensa: “Todos hemos lamentado ese suceso en que la irreflexión se dejó entrever” (*La Voz de Michoacán*, 7 de octubre de 1966). ¿Quiénes conforman ese todos? ¿Es la opinión pública conglomerada en algunos elementos aislados? Esta exploración define las condiciones estudiantiles en las codificaciones de la disfuncionalidad racional. La narrativa de Estado muestra parcialmente su cordura y, con ello, plantea ante la opinión pública una forma de subjetivación anclada en los discursos, las imágenes y las tecnologías formalizadoras de un cuerpo y de una línea editorial de la prensa. En esto último, la relación entre una verdad de Estado y una configuración parcializada del sujeto político promueven la generación de modalidades de verdad adecuada al funcionamiento hegemónico y correcto de la ciudadanía.

El denominador de la justicia y las formas de adecuación de la rebeldía puede verse reflejado en el siguiente discurso proferido por *La Voz*: “Dentro de esa algarada estudiantil, hemos repetido hasta el cansancio que no existe ninguna causa justa. No hay razón ni objetivo para que se persista en una rebeldía tan injusta y tan llena de mezquinos intereses, que sólo ha provocado la desorientación y el apasionamiento de jovencitos imberbes que no tienen conciencia ni de sus actitudes ni de sus ideas” (*La Voz de Michoacán*, 9 de octubre de 1966). Como vemos, la pasión se opone a la actuación justa y desapasionada. El *pathos* queda siendo una figura impensable en el actuar político de la subjetividad discrepante. ¿No es esta forma una dinámica clave para incidir en las dimensiones coherentes y utilitarias de la subjetividad? Es decir, pareciese que estos discursos van encaminados a sostener el orden y la limitada racionalidad del Estado en las claves de lo justo y lo no patológico. Es allí, en términos de una justicia de Estado, que

todo lo demás puede parecer ajeno o problemático para el gobierno. Es decir, todas las oposiciones a la directriz de una verdad parcializada y racional del Estado son agentes patológicos y extranjeros a la soberanía.

En las notas en torno a la racionalidad de Estado se esclarecen condiciones apologéticas dichas por Arriaga Rivera: “Apelo a la conciencia de todos los universitarios michoacanos: para que nos mantengamos unidos en nombre de las más caras y nobles tradiciones nicolaítas, para que rescatemos la dignidad, y la superación académica” (*La Voz de Michoacán*, 9 de octubre de 1966). La universidad, desde este armado discursivo, parece ser también presa de las expresiones de la racionalidad del Estado y sus condiciones de dignidad. Un isomorfismo peculiar entre las instituciones. Desde esta perspectiva, pareciese que todo alcance académico debiera obedecer a la razón o a la determinación de los altos valores culturales que profesa el orden social de regulación social.

Finalmente, el día 9 de octubre, *La Voz* imprimió lo siguiente: “la angustia que vivió el pueblo de Morelia, se seguirá repitiendo en el futuro mientras no salgan parásitos ‘trotskistas’ del seno de la Universidad. Al amparo de la Universidad han vivido, se han desplazado, han cometido mil y un delitos [...]. No tienen escrúpulos para saciar sus instintos subversivos, protegidos en el ideal de la cultura y de superación de la Universidad, a que hace tiempo dejó de ser el ‘recinto mater’, para convertirse en fábrica de terroristas” (*La Voz de Michoacán*, 9 de octubre de 1966). Lo angustiante, que sufren las poblaciones, confronta con la racionalidad y los altos ideales de la cultura que racionalmente soportan a la universidad. En este sentido, el nivel discursivo que amplifica la racionalidad institucional extiende la manera despectiva en la que quedan referidos los estudiantes, sus luchas y activismos. Es debido a esto que el discurso institucional universitario deja de ser universal para ubicarse en la exclusiva reproducción del orden social pues no podría ser reducida a una “fábrica de terroristas”. La racionalidad de Estado se reproduce y se ancla para producir un sentido subjetivo ante la *patología* estudiantil.

### **Capacitismo: de la inteligencia del buen estudiante a la estupidez del agitador**

Las dimensiones de la capacidad cognitiva, desde su invención y su estandarización como exigencia estatal y civil, han designado un modo específico de responder cuantitativamente a las exigencias de la razón y el soporte de lo elocuente. Estas exigencias cuantitativas reclaman patrones de adecuación racional comensurable y criterios de adaptabilidad psicológica ante las vicisitudes de carácter político. Aquello que se expresa de forma calificada y significativa a nivel de las capacidades intelectuales.<sup>3</sup> En este sentido, las referencias a la estupidez cobran una re-

---

<sup>3</sup> Los estudios en torno a las dimensiones de las capacidades cognitivas, pese a que muchos los ubican incluso hasta en los griegos, tienen su origen en las prácticas psicológicas. Especialmente tienen una fuente concisa en los estudios de la formalización computacional y el lenguaje de la máquina. Esto ocurre especialmente a mediados del siglo XX y va a tener su expansión en las políticas del Estado a partir del cambio de paradigma marcado por las llamadas ciencias cognitivas, principalmente en el ámbito educativo (Véase Gardner, 2000).

levancia trascendental pues ejemplifican los cómo y los porqués de la insinuación de la radicalidad como un afloramiento de lo estúpido. La siguiente nota, pese a ser extensa y muy distante de los hechos trágicos, da cuenta de estos alcances y pertenece ni más ni menos al tristemente célebre Roberto Blanco Moheno,<sup>4</sup> reproducido por *La Voz*:

¿Cuántos muertos más necesitan nuestros –¿nuestros?– comunistas? Los sucesos de Morelia, que terminaron con la inevitable intervención del Ejército, señalan el colmo de la estupidez, de la cobardía, de la ingratitud. [...] ¿Por qué, entonces, surgió el “movimiento contra Arriaga Rivera, para derribarlo”, de la Universidad? Por dos razones que vienen a ser, en política, sinrazones: porque los jóvenes que no estudian y malgastan el dinero del pueblo son muchos, sin tener derecho a valerse de su pretendida calidad de estudiantes (¡Valientes “estudiantes” con más de treinta años de edad!; ¡bellos estudiantes todos armados de pistolas!); porque, además, los comunistas mexicanos han remachado la cadena de estupideces que forma la historia de su actuación con este “movimiento” que es, ya, el colmo de lo absurdo, la idiotéz llevada al cubo (*La Voz de Michoacán*, 22 de octubre de 1966).

Esta amplia dilucidación de Blanco Moheno, publicada en *La Voz*, del quehacer de los estudiantes radicalizados, puede ser un buen parteaguas para confrontar la insistente puntualidad de la racionalidad de Estado y la capacidad cognitiva contra los alcances de lo que es retratado como “estupideces” asociadas a la agitación. De esta manera, podemos observar las formas en las que primigeniamente se configura una suerte de subjetividad presa del capacitismo, una habilidad sobre el cuerpo que debe definir los modos de actuar de manera racional y eficiente de los sujetos ante la impronta de la cordura, el orden y la inteligencia.

De igual modo se relata en *La Voz*: “No será fácil hacerles comprender que hubo justicia en aplastar su movimiento, porque, desgraciadamente, los jóvenes universitarios suelen ser en extremo ignorantes y perezosos en el pensar. Aunque parezca mentira, aunque se crea que los universitarios son la porción selecta de la juventud, la verdad es que por lo general se encuentran roídos por la ignorancia y la pereza mental” (*La Voz de Michoacán*, 19 de octubre de 1966). Desde esta lógica, y en el armado de nombrar las capacidades intelectuales, emerge el signifiante ignorancia y pereza en el pensamiento. Con ello pareciese que se buscaba erosionar la credibilidad de los estudiantes, atribuyéndoles defectos en lo cognitivo, una falta de capacidad intelectual como un modo de edificación de la subjetividad. En líneas generales, puede pensarse que estas disposiciones reflejarían una supuesta carencia en su capacidad para planear o activar un movimiento de acuerdo con la capacidad intelectualmente esperada del Estado. Y, en el mismo momento, una excusa para “aplastar” con fuerza militar como respuesta necesaria ante la incapacidad de los estudiantes para “pensar”.

---

<sup>4</sup> Blanco Moheno es reconocido por sus afilados escritos contra las expresiones estudiantiles durante 1966 y especialmente en el año de 1968. (Véase Blanco Moheno, 1969).

Este énfasis insistente entre la ignorancia y la racionalidad, expuesto por *La Voz*, es presentado como evidencia de la irracionalidad, por consiguiente, refuerza la narrativa de que las acciones estudiantiles no solo eran improcedentes, sino también peligrosas “con fines oscuros”: “La ignorancia misma de un libertinaje sin bandera ni objetivos, no llevó a los revoltosos a la reflexión, porque de haber contado con un mínimo de sentido común, se habrían dado cuenta de que las instituciones no se pueden alterar por caprichos o fines oscuros y menos cuando la voluntad popular avala las actitudes gubernamentales” (*La Voz de Michoacán*, 12 de octubre de 1966). No obstante, construye un binarismo entre un gobierno supuestamente legítimo, respaldado por el pueblo, y una minoría revoltosa e incapaz de representar los intereses populares y teniendo como único eje la ignorancia pese a que, en su mayoría, se trataba de estudiantes con estudios universitarios. Es decir, el uso de la significación de la ignorancia es la expresión de una modalidad de subjetivación que se centra en la narrativa capacitista para difundirse en la opinión pública como una modalidad poco fiable si consideramos las modalidades racionales normales e imperantes.

Finalmente, buscando articular por último esta dimensión, podemos expresar cómo se manifiesta la relación entre la ignorancia y la estupidez –aunque también puede vincularse a otras adjetivaciones como irracionalidad, pereza mental o apasionamiento– asociada a la subversión. En *La Voz* aparece lo siguiente: “Así es como se llevan a cabo movimientos como el de Morelia. En ellos el primer paso es la abolición de la inteligencia, y la abolición de la inteligencia es sostenida después empeñosamente. Hay que ver en ello el punto fundamental de apoyo de los agitadores. A poco que hubieran reflexionado los estudiantes de Morelia, se habrían percatado de que estaban siendo manejados como títeres, de que sus ciegos impulsos eran excitados para ahogar las voces de la inteligencia” (*La Voz de Michoacán*, 15 de octubre de 1966).

Es mediante el uso de metáforas que se refuerza la subjetividad capacitista al narrar a los estudiantes como “títeres” controlados. Esto produce un relieve en la idea popular de que los estudiantes no tienen autonomía ni capacidad de juicio, los construye como objetos externos que desestabilizan el orden y se contraponen a la reflexión, reduciéndoles a simples impulsos irracionales y poco inteligentes. El lugar de la inteligencia, un concepto ciertamente vacío y enteramente funcionalista desde la mirada de las psicologías críticas, es tomado como el eje que puede producir a los sujetos como poco inteligentes y desde luego como incapaces.

## Conclusiones

En conclusión, el análisis discursivo del periódico *La Voz de Michoacán* sobre las manifestaciones estudiantiles de 1966, evidencia una estrategia sistemática de deslegitimación de las demandas y acciones de los estudiantes y su producción como agentes poco racionales e incapaces. Después de haber revisado puntualmente algunas de las expresiones manifestadas por el periódico, podemos rematar delimitando algunas aristas esenciales. Por un lado, la racionalidad

del Estado, que estriba en las modalidades de regularidad de los sujetos subversivos, mediante llamados a la cordura que exploraban a través de recursos como el capacitismo, la apelación a la racionalidad estatal, y la estigmatización de la protesta como irracional y antipatriótica. Allí se construye una narrativa subjetivante que privilegia el orden y la cordura como valores supremos.

El discurso oficial atribuye a los estudiantes características como la ignorancia, la falta de sentido común y el libertinaje, ajustándolos a objetos carentes de capacidad reflexiva y subordinados a “impulsos ciegos”. Esta representación no solo refuerza el control social, sino que también legitima la intervención estatal violenta bajo el pretexto de salvaguardar la paz, tranquilidad y progreso. Además, el uso de metáforas despectivas, como “títeres” o “agitadores”, consolidó una percepción de los estudiantes como agentes subversivos y antisociales, desvinculándolos de cualquier posibilidad de agencia política legítima.

En última instancia, el discurso analizado no solo actúa como un mecanismo de exclusión política, sino también como una herramienta de subjetivación que busca moldear la opinión popular en favor de la narrativa estatal, minimizando cualquier actividad de disidencia como una amenaza al orden establecido. Este caso demuestra cómo las prácticas discursivas pueden ser empleadas para consolidar el poder y perpetuar dinámicas de represión a nivel simbólico y coercitivo.

Lo que vemos con mucha claridad es que los modos de significación, la distribución de la información y la sistematicidad de estos ante la opinión pública, van generando la producción de imágenes y significados que demarcan la acción política generando descripciones que están ancladas en los discursos de funcionalidad y capacidad. El caso de la racionalidad es elemental pues, como es de sobra conocido, una movilización tiende a mover el orden social o a inquietarlo. En esas claves, la construcción de la subjetividad política de los estudiantes fue una estrategia que logró envilecer los alcances de la agitación política de los estudiantes morelianos y cuya continuidad puede observarse también en el control de la prensa en 1968.

## Referencias

- Bidet, J. (2012). Foucault y el liberalismo: racionalidad, revolución, resistencia. *Argumentos*, 25(69), 169-184. <https://www.redalyc.org/pdf/595/59524130009.pdf>
- Blanco Moheno, R. (1969). *Tlatelolco: historia de una infamia*. México: Diana.
- Careaga, G. (1994). La vida cultural y política en los sesenta. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 39(158), 171-182.
- Cambrón, L. (2013). *La vida de La Voz de Michoacán a través de la Historia (1948-2006)*. Tesis de Licenciatura. Morelia: Facultad de Historia-UMSNH.
- Campbell, F. (2001). Inciting Legal Fictions: ‘Disability’s’ Date with Ontology and the Ableist Body of Law. *Griffith Law Review*, 10(1), 42-62.

- Chávez, Á. (2017). De la Nicolaíta al 68. Elí de Gortari y la protesta universitaria. *Signos Históricos*, XIX(37), 126-155. <https://signoshistoricos.izt.uam.mx/index.php/historicos/article/view/497/470>
- Draper, S. (2018). *México 1968. Experimentos de la libertad. Constelaciones de la democracia*. México: Siglo XXI.
- Fernández, E. (1997). *Entre la razón de Estado y el Estado de Derecho: la racionalidad política*. España: Dykinson.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. España: Morata.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3-20. <https://revis-tamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/61350>
- Foucault, M. (1994). *Dits et écrits II (1970-1975)*. Francia: Gallimard.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. España: Paidós.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Argentina: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2011). *El gobierno de sí y de los otros*. España: Akal.
- Foucault, M. (2014). *Seguridad, territorio y población*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Gardner, H. (2000). *La nueva ciencia de la mente. La historia de la revolución cognitiva*. España: Paidós.
- Gómez, A. (2007). El movimiento estudiantil y la violencia institucional. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1956-1966. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 12(35), 1179-1208. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14003504>
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Argentina: Manantial.
- Guattari, F. (2004). *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. España: Traficantes de Sueños.
- Gutiérrez, M. (2020). El movimiento estudiantil de Morelia en 1966. En Sánchez, S.; N. Dip; L. López (coords.). *El 68: escrituras de historias*. México: Cámara de Diputados, 221-236.
- Íñiguez, L.; C. Antaki (1994). El análisis del discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología*, 44(19), 57-75. [https://www.researchgate.net/publication/275153654\\_El\\_analisis\\_del\\_discurso\\_en\\_Psicologia\\_social](https://www.researchgate.net/publication/275153654_El_analisis_del_discurso_en_Psicologia_social)
- Lechner, N. (1997). Los condicionantes de la gobernabilidad democrática en la América Latina de fin de siglo. En Lechner, N. (ed.). *Obras completas* (vol. IV). México: Fondo de Cultura Económica/FLACSO, 69-81. <https://redmovimientos.mx/wp-content/uploads/2021/01/Obras-IV.-Politica-y-subjetividad.pdf>
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Argentina: Paidós.
- Macías, P. (2016). *Octubre sangriento en Morelia*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Mareño, M. (2021). Una aproximación a la Teoría Crip: la resistencia a la obligatoriedad del cuerpo normativo. *Argumentos. Revista de Crítica Social*, (24), 377-429. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/6987>

- Martínez, C.; J. Cubides (2012). Sujeto y política: vínculos y modos de subjetivación. *Revista Colombiana de Educación*, (63), 67-88. <https://revistas.upn.edu.co/index.php/RCE/article/view/1687>
- Meyer, M. (2003). Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD. En Wodak, R.; M. Meyer (comps.). *Métodos de análisis crítico del discurso*. España: Gedisa, 35-60.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía: marxismos y subjetivación política*. Argentina: CLACSO/Prometeo Libros.
- Rangel, L. (2006). *La Universidad Michoacana y el movimiento estudiantil, 1966-1986*. Tesis de maestría. México: UMSNH. [http://bibliotecavirtual.dgb.umich.mx:8083/xmlui/handle/DGB\\_UMICH/2352](http://bibliotecavirtual.dgb.umich.mx:8083/xmlui/handle/DGB_UMICH/2352)
- Rangel, L. (2020). El subsidio como arma represiva del Estado mexicano. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo durante la rectoría de Alberto Bremaunt (1963-1966). *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 22(34), 219-242. <https://doi.org/10.19053/01227238.10908>
- Revueltas, J. (2013). *México 68. Juventud y revolución*. México: ERA.
- Reyna, M.; M. Manzanares (2022). Marx de día, Freud de noche. La recepción de Herbert Marcuse en México (1963-1973). *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, (2), 161-190. <https://doi.org/nx7f>
- Ricœur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, R. (2024). *Prensa vendida: Los periodistas y los presidentes: 50 años de relación perversa*. México: De Bolsillo.
- Rodríguez, A. (2021). *Las izquierdas en México*. México: El Colegio de México.
- Rodríguez, M. (2018). *La norteamericanización de la seguridad en América Latina*. España: Akal.
- Sánchez, L. (2018). Estudiar y luchar: análisis de la producción historiográfica en torno al movimiento estudiantil nicolaíta. *Historias*, (111), 78-97. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/19741>
- Sierra, J. (2008). Fuerzas armadas y contrainsurgencia (1965-1982). En Oikión, V.; M. García (eds.). *Movimientos armados en México, siglo XX*. México: El Colegio de Michoacán-CIESAS, 361-404.
- Spenser, D. (2004). *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. México: CIESAS.
- Taufic, C. (2012). *Periodismo y lucha de clases*. España: Akal.
- Toboso, M. (2017). Capacitismo. En Lucas, R.; M. Rosón; E. Ortega (eds.). *Barbarismos queer y otras esdrújulas*. España. Bellaterra, 73-81.
- Zermeño, S. (2003). *México, una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI.